

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 57
Momento Histórico y Realidad Argentina

Article 33

2003

Siempre lo real

Pablo Crash Solomonoff

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Solomonoff, Pablo Crash (Primavera-Otoño 2003) "Siempre lo real," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 57, Article 33.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss57/33>

This Creación: Narrativa is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

PABLO CRASH SOLOMONOFF

SIEMPRE LO REAL

Cuando el vehículo se detuvo en la banquina sintió un súbito fagonazo de alegría. De pronto tuvo menos frío y comenzó a acercarse al rastrojero antigav dando saltitos cortos: el piloto lo apresuraba con señas de luces.

– ¡Dale pibe, que en esta zona está prohibido hacer dedo!

– ¿Hasta dónde va?

– Sigo derecho hasta Nuevo Fe ¿subís o no?

Abrió la puerta y de un solo movimiento se impulsó con el estribo retráctil hacia arriba, aterrizando de culo en el asiento, a la izquierda del piloto.

– ¿Sabés cebar? – le dijo el hombre señalándole con la cabeza el automate, maniobrando para elevar nuevamente el rastrojero –. Ponete el cinturón.

Mientras empezaba a llevar la conversación con el piloto volvió a sentir el vaivén del recuerdo, que se acercaba en oleadas cuando escuchaba el soliloquio del hombre a los mandos, retrocediendo levemente al hablar o al responder a una pregunta.

– ¿De dónde venís, de Rosario?

Eli sentía que, a medida que iba reproduciendo cada hecho, cada acontecimiento en su memoria, éste iba entrando más profundamente en el pasado, despersonalizándose. El efecto positivo de ese proceso era la agradable sensación de que ya no era “él”, quien lo protagonizaba sino un “otro él” antiguo, más imperfecto, más ciego y, por eso, más fácil de justificar.

– Sí. Soy de Rosario. Pero nací más al sur, en South England.

– ¿Es verdad que torturan a los obreros? Cuidado con la caja ahí a tus pies. Tiene gatitos.

El rostro de Elías mostró sorpresa, y súbito entusiasmo: – ¿Son de verdad? ¿Puedo verlos?

Los dedos del hombre se crisparon sobre la barra de control. Dudó un momento.

– Bueno... pero con mucho cuidado, ¿eh? Son naturales, cuestan como dos mil cada uno. Esperá.

Lentamente elevó el rastrojero hasta ubicarlo más arriba de las nubes. Recién entonces lo niveló, sin cambiar el curso. La calefacción autorregulable empezó a funcionar.

– Ahora sí – dijo el hombre más tranquilo –. Podés sacar uno. Deben estar dormidos.

Elías tomó la caja de cartón. La tapa aparecía agujereada, y los costados, con agujeros desprolijos hechos al azar. Pesaba poco, entre dos y tres kilos. La apoyó sobre sus piernas y la abrió, para descubrir dos gatos grises, enrollados uno sobre el otro, formando un ocho de pelos esponjados.

Eran todavía muy cachorros; cabezones y de ojos muy chiquitos. Pasando una mano por debajo del cuerpecito del que estaba encima lo levantó con suavidad, recogiénole las patas con la otra para tratar de conservarlo en la misma posición. El que quedó en la caja hizo un pequeño pero agudo maullido, se apelotonó sobre sí mismo y siguió durmiendo. El piloto miró a Elías de reojo y, al advertir que sabía manejarse con los animales, se tranquilizó, retomando la charla. Pero Eli ya prácticamente no escuchaba. El gatito entre sus manos empezó a moverse, olfateando. Abrió los ojos, de un celeste brillante y, al recibir las caricias en la panza inflada, se acomodó y empezó a ronronear.

Qué lindo sería llevarle uno a la Zori, pensó, pero ya no puedo verla. Me alejo de ella despacio, a cuatrocientas ochenta millas por hora. Me voy a Nuevo Fe, para olvidarte. Siempre quise decirte la verdad pero vos no querías, no entendías...

El rastrojero traza una recta blanquecina en el cielo. Eli percibe el olor dulzón del gato entre sus manos, y cree percibir el perfume de ella.

– Yo me llamo U'tamsi, Nguele U'tamsi. Soy de ascendencia etíope. Vinimos en el diecisiete con toda mi familia. En esa época...

Y esta vez Elías revive los hechos en presente, como viendo una película en la cual se siente terriblemente implicado. Oscurece.

El sol golpea fuerte en el recuerdo, es mediodía, y el acondicionador de aire debe encenderse cada seis minutos para compensar la pérdida del frío en el monoambiente, y extraer además el olor a comida.

Zoraida llega con el pequeño animal en los brazos, excitada, con los ojos brillantes. El largo cabello enlulado sujeto con una hebilla en la nuca. Está preciosa y feliz, salta a la vista. Lleva un sostén de algodón ajustado y una

camisa a rayas abierta, mi camisa, que le queda tan bien a su cuerpo esbelto, a pesar de ser varios números más grande. Me besa fugazmente. Desconecta el candado de su mochila, se la saca y la cuelga con una mano, sin dejar de sostener al animal, estático contra su pecho, con la otra.

-- ¡Me costó apenas doscientas cincuenta libras, y lo podemos pagar hasta en doce meses? No crecerá más que esto, pero es hermoso, ¿no te parece? Vení que te enseñé a manejarlo.

– Estoy cocinando, ahora – le digo dándole a propósito la espalda.

– Daaale, ponela en automático, daale – canturrea ella, insistente.

Suspiro ostensiblemente y le contesto un “ahora voy” sin entusiasmo. Tecleo algunas órdenes en la cocina, me demoro un poco hasta que todo está en marcha. Visto de reojo en brazos de Zori, casi parecía un gato y todo. Pero ahora ella lo tiene destripado, tirado y abierto de patas sobre la mesa, analizando sus circuitos y conexiones. Lo que Zori manipula entusiasmada se parece más exactamente a una computadora destrozada sobre un felpudo que a un gato de verdad.

Finjo estar interesado en el prospecto (para no mirar la cosa) hasta que ella me lo arrebató diciendo: – ¿a ver, Elu? Conecto el chip verde acá en la panza y... ¡Lo veremos nacer dentro de poco?

– ¿Cómo “nacer”? – pregunto alterándome, asqueado. Recién entonces ella nota mi malestar. Su expresión alegre se vuelve sorprendida. Por un instante creo que entendió, hasta que salta, con renovado entusiasmo y me dice:

– ¡Ya sé! Si estás pensando que va a ensuciarnos las alfombras, desparramando pelos y olor no es así. Eso es todo programable, puede hacer caca virtual, es muy obediente, me dijeron en la tienda... esperá. Esperá que lo encienda y verás. Después haremos los ajustes de conducta.

Zori le cierra el estómago según las instrucciones del manual y automáticamente el gato encoge las patas, poniéndose en posición fetal.

– ¡Dentro de quince segundos va a nacer! – me dice cuando me abraza.

Sus ojos no han dejado de brillar todo este tiempo. Sus manos aferran las mías, con la emoción crispada de una madre primeriza. Observamos juntos un momento al animal. Por ese momento percibo, me contagia esa emoción y miro al aparato, que ahora sí parece un animal, empezar a moverse, tembloroso. Abre la boca y los ojos a la vez, la panza se le llena de aire y se estira, lanzando un maullido eléctrico hacia el mundo. Sus cuatro patas se abren hasta desplegar las uñas, chiquititas y filosas, y nos ve. Se pone de pie titubeando, olfatea un poco el aire y se acerca.

– Está muy bien logrado, ¿no te parece? – dice ella suavemente –. ¿Qué nombre le ponemos?

Empiezo a contestar, me interrumpo, y exclamo con indignación: – ¡Pero si es una máquina! ¿No ves que no es un gato real? ¿En serio te gusta?

Ella se pone de pie súbitamente, la sangre sube a su rostro y sus ojos

cambian totalmente de expresión. El gato también.

– ¡Claro que lo sé! Pero nunca vamos a poder tener uno real, ¿te diste cuenta? Además este es más limpio y dura más, ¡pero claro! Vos preferís lo real, ¡siempre lo real!

– Pibe... ¿Es verdad lo de los obreros? ¿Es verdad? – pregunta Nguete por segunda vez.

Elías vuelve al presente, se despierta, en cierta forma. Acaricia la panza del gatito y se pregunta si no tendrá ésta también un cierre en el medio. Lo duda.

– Estaquearon a algunos, es cierto. ¿Puedo conectar la Red? Tal vez encontremos algo sobre el tema.

Elías necesita estar callado. Revivir otra vez el recuerdo completo y sepultarlo. Recordar cómo destrozó a ese gato falso, simulado y perfectito, el ruido metálico de su osamenta abollándose, sin sangre, sin dolor, y la furia de Zori, echándolo del monoambiente y gritándole asesino.

El rosarino acaricia una vez más la panza de este, constatando que no tiene ningún cierre, y piensa qué lindo sería regalárselo a Zoraida.

– Así que no está de acuerdo, ¿eh? ¿Le parece que no tengo razón? – increpaba a su padre con violencia.

El viejo, resignado a soportar su vozarrón, negaba con la cabeza desde una silla como único gesto de protesta pacífica. Ya casi ni lo miraba. ¿Para qué? Un octogenario no puede imponerse a su hijo de cincuenta cuando no está dispuesto a razonar.

– Pero claro, todo tiene que hacerse a su manera – continuaba chachareando el furibundo vástago. Y la voz empezó a quebrársele hacia un falsete que le recordó al viejo los años más jóvenes de su hijo Guillermo, sus cuarenta (cuando no fumaba tanto como ahora) o sus treinta (cuando usaba esa barbita candado recortada)... ¿Qué época era?, intentaba recordar el viejo encogiéndose para esquivar los gritos. Ah, sí: eran los años setenta.

Y la voz seguía aclarándose, ya sin ese carraspeo de los treinta, después de la bronquitis, y empezaba a acercársele al oído no con menos potencia, pero sí con menos cuerpo.

Su hijo disminuía de estatura, rejuvenecía velozmente, su textura física iba perdiendo masa, y su vientre excedido de peso también.

Con una mirada pudo corroborar lo que pasaba: Guillermo retrocedía en el tiempo. Ahora tenía veintiocho, veintisiete años y su saco cruzado daba paso a una campera de cuero y unos pantalones grises que – recordaba el viejo – habían terminado sus días como patines para el piso de parquet.

En una pausa del hijo para respirar el viejo llamó: – ¡Mamma!

– ¡Hijo! – exclamó la mujer llevándose el delantal de cocina a la boca, arrastrado por el gesto.

– ¿Que pasa? – preguntó Guillermo con fastidio –. ¿Viene a darme la razón o a interrumpir?

– Mirate, hijo – alcanzó a decir ella con un hilito de voz, señalando el espejo.

El joven Guillermo se vio y se descolocó por un instante, que duró hasta que comprendió que sí, que había perdido años, pero también arrugas, panza y canas.

–¿Ven? –exclamó–. Esto es lo que consiguen empacándose en no vender, en no vender... – recomenzó el discurso con más fuerza.

– ¡Y si no me dan la razón pienso seguir hasta los quince y me van a tener que volver a mantener, y a esperar que llegue borracho a cualquier hora, y a aguantar a un pendejo con granos, rebelde y encima virgen!

El viejo se puso de pie con un súbito acceso de energía. Los ojos de la mujer temblaban parapetados detrás del delantal. Sobre la campera de cuero del hijo se perfilaban ya el blazer del colegio italiano y la corbata.

– Está bien nene, pará – suspiró el anciano sosteniéndose sobre el respaldo de la silla –. Vendé el auto, si tantas ganas tenés. Los papeles están ahí, en el segundo cajón – agregó con un gesto de abandono.

Cuando salía de la casona de los viejos Guillermo se detuvo un momento frente al espejo en la vidriera de una perfumería.

– Lo que es la psiquis – se dijo en voz alta dejando los documentos en el piso para palparse el abdomen respirando hondo. Se examinó las muelas, sanas otra vez, y decidió: – Me parece que me quedo en los treinta.